

Modo y figura en las maravillas de la naturaleza. La historia natural en los padres misioneros del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada*

Rodrigo Zapata Cano

En aquel entonces Eco tenía cuerpo, todavía no era sólo una voz. Aunque parlanchina, no tenía otro uso de su boca distinto del que tiene ahora, para poder volver a decir las últimas palabras de todo lo que se le decía.

Ovidio, *Las metamorfosis*.

Resumen. Los padres misioneros considerados aquí se han convertido en naturalistas descriptores al tratar de inventariar la fauna y la flora que encontraban en sus itinerarios. Después de hacer una crítica a la forma en que han sido abordados sus textos, el artículo se ocupa en mostrar la función que el *saber de la semejanza* desempeñó en las descripciones de los vivientes y la relación de dicho saber con la *episteme de la representación*.

Palabras clave: historia natural descriptiva, saber de la semejanza, episteme de la representación, bestiarios, modo y figura, taxonomía, divulgación.

Abstract. The missionary priests here considered have become naturalist describers by treating to take inventory of fauna and flora which they found along their itineraries. After criticizing the way how their texts have been attacked, the article deals with the analysis of the function played by the *knowledge of similarity* in relation to the descriptions of

* Este artículo hace parte de la tesis presentada con el mismo título en la Carrera de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, abril de 2001.

the living, and with the discussion of how such as knowledge is related to representational *episteme*.

Key words. descriptive natural history, knowledge of similarity, representational *episteme*, bestiaries, way and figure, taxonomy, divulgation.

1. Sobre algunos anacronismos

Cuando se revisa la documentación sobre la historia natural descriptiva en América en los siglos xvi al xviii, encontramos un importante trabajo en el ya clásico libro de Antonello Gerbi titulado *La naturaleza de las Indias Nuevas*. Allí se parte de los textos de Colón para ver la manera por la cual el almirante describe la flora, la fauna y los minerales que va encontrando a su paso. Luego aparece una larga lista de viajeros y cronistas que tuvieron el mismo propósito, para terminar en Fernández de Oviedo, en quien culminaría el trabajo comenzado por los otros. En primer lugar, Gerbi ve en Fernández de Oviedo a un hombre del Renacimiento que no sólo describe la naturaleza, sino que también hace experimentos y demostraciones; y lo que es más sorprendente aún, "Oviedo rebate de facto las teorías que reprochaban a la historia de las ciencias exactas la incapacidad de hacer experimentos (o de 'medir' que da lo mismo)".¹ Y más adelante agrega:

El experimento es un acto mental, no es una técnica de esta o aquella forma de conocimiento. Es propia de todas. Y si sofisticadamente se nos quisiera objetar que Oviedo hace experimentos en cuanto naturalista y no en cuanto historiador, replicaríamos, antes que nada, que la objeción encierra una petición de principio. Los experimentos de Oviedo son sus interrogatorios de las cosas americanas: ¿qué diferencia lógica hay entre abrir una culebra y acribillar a preguntas a un conquistador que acaba de regresar? Y aun es preciso decir que tampoco el astrónomo, por ejemplo, ni el paleontólogo hacen experimentos en el sentido restringido de la palabra, y sin embargo nadie les regatea el título de científicos.²

Según esta posición, el solo hecho de describir "materia nueva" le da al cronista la capacidad de alejarse de los naturalistas descriptores. Basta con interrogar a la naturaleza para con ello hacer un experimento. El anacronismo es evi-

1. Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a*

Gonzalo Fernández de Oviedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 358-359.

2. *Ibid.*, pp. 358-359.

dente, no se puede confundir lo que la Edad Media y el Renacimiento conocían con el nombre de *experiencia* y lo que la ciencia moderna considera como *experimento*. “Hice la experiencia”, dicen a menudo los cronistas, esto es, “ya que todo me fue contado o lo he leído, quise verlo o tocarlo”. Gerbi no nos dice cuáles eran las preguntas que Oviedo convierte en un protocolo de experimentación. Sin embargo, sus argumentos saltan hasta el siglo XIX, en el momento en que busca apoyarse en los textos que escribiera Claude Bernard acerca del método y la experimentación en medicina: “Sobre la diferencia entre la observación y el experimento, con todo lo que este implica como ‘actividad’ interrogativa, como hipótesis puesta a prueba, como naturaleza forzada y exprimida, e incluso alterada, por la investigación del hombre de ciencia, merecen leerse las clásicas páginas de Claude Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Genève, 1945, pp. 49-84 etc.”³

3. *Ibid.*, p. 359, nota 251. No vamos a insistir aquí sobre estos problemas del método experimental en Claude Bernard. Sin embargo, creemos importante remitir al lector a los ensayos que Georges Canguilhem le dedica al fisiólogo, los cuales nos pueden mostrar el verdadero lugar al que pertenece la discusión, tan alejada de la época de Oviedo. Cfr. Georges Canguilhem, *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, trad. de Luis Alfonso Paláu C. et al., Medellín, Universidad Nacional, Sede Medellín, 1992, pp. 99 y ss.

En segundo lugar, Gerbi insiste en considerar los textos de los naturalistas descriptores examinados en su historia como si entre estos hubiese diferencias marcadas en lo que se refiere al saber que los hizo posibles. Para ello, esgrime una serie de causas o más bien ‘intenciones’ que buscan explicarse por sí mismas:

Los autores de quienes hemos discurrido no están hablando un mismo lenguaje. Diversos son sus intereses mentales, y diverso, en consecuencia, el ángulo visual desde el cual contemplan el mundo americano. Diversa su formación intelectual, diverso su bagaje de conocimientos, diversísimas sus escalas de valores. Absolutamente diverso, por lo tanto, el interés que cada uno de ellos pone en las cosas que ha visto, o de las cuales (como Pedro Mártir) ha tenido sabrosa noticia. Las intenciones digámoslo así, “científicas”, de descripción sistemática son sumamente raras. Predominan sentimientos de índole muy distinta, y además muy heterogénea: el medio personal, la codicia de mayores beneficios, el orgullo de los descubrimientos, la lisonja de los poderosos (o que se creían tales), el gusto periodístico de “hacer noticia”, el desahogo de peregrina erudición, el placer de fabular, la especulación mercantil, y la eterna, invasora codicia de oro (auri sacra fames).⁴

4. *Ibid.*, p. 149.

El afán por buscar esta pretendida diferencia entre las crónicas lo lleva a contradecirse. Sobre todo cuando persiste en mostrarnos a Oviedo nada menos como aquel soldado naturalista que "...confrontando y discriminando, commensurando y distinguiendo [...] sienta las bases de la nueva ciencia natural: a la mera 'descripción' de los animales, propia de las ciencias medievales, sucede con Oviedo, bajo el estímulo mental de la extrañas criaturas americanas, un principio de clasificación que inmediatamente suscita los problemas de la especie y del género, del prototipo y de la variedad, de las cualidades esenciales y de los caracteres accesorios".⁵

Pero no comprendemos muy bien cómo un "estímulo mental" ante lo nuevo pudo crear un "principio de clasificación" que involucra problemas de género, especie, prototipo y variedad, adelantándose con ello a los sistemas clasificatorios de Linneo y Buffon. Cuando los naturalistas descriptores hablan de especie, no tienen otra idea de ello que la que habían heredado de Aristóteles, esto es, las nociones de *genos* y de *eidos*, que no indican directamente género y especie, tal como son consideradas por las clasificaciones modernas. Cuando se describe un animal o una planta y se habla de especie, es porque esta noción sirve únicamente para hablar

de la existencia de otros que se les asemejan en el todo o en las partes. Se trata más bien de establecer semejanzas por medio de formas, tamaños, colores, sabores, etc.

No es necesario ir muy lejos para darnos cuenta de los anacronismos cometidos por Gerbi en su diligencia por ensalzar a Oviedo, aquel soldado "cuya formación mental es esencialmente italiana y humanística".⁶ Entonces, de naturalista experimentador y clasificador antes de tiempo, lo vemos regresar a la Edad Media, por un camino no menos claro. Ahora es su "forma expositiva" la culpable de que el conquistador no pueda expresarse en un lenguaje más moderno y quede atrapado en los hilos que tejen los bestiarios:

En la forma expositiva, Oviedo se mantiene bastante cerca de los "bestiarios" medievales: describe un animal (o una planta) y luego otro, y otro, sin buscar afinidades genéticas, y sin un método seguro —salvo seguir en general el orden pliniano de animales terrestres, acuáticos y volátiles, más uno como apéndice para los insectos—, pero con una constante preocupación utilitaria, a veces con el agregado final de "moralejas" de neto sabor medievalizante.⁷

Esta última forma de interpretación la podemos ver actuando de

5. *Ibid.*, p. 344.

6. *Ibid.*, p. 282.

7. *Ibid.*, p. 333.

manera más acentuada en un texto más reciente y cuyo título no podría ser más explícito: "Los relatos de la fauna orinoquense hechos por Felipe Salvador Gilij, evaluados con la óptica de la Zoología del siglo xx". Aquí, los relatos de este cronista del siglo XVIII son considerados como si estuviesen anclados todavía en la *no-ciencia* que de una u otra manera hizo posible la ciencia actual, la que, a su vez, se convierte en el punto de partida para *evaluar* o, más exactamente, *juzar* las descripciones de la fauna que envuelven los relatos del misionero:

Generalmente las descripciones hechas de la mayor parte de los animales mencionados por Gilij son tan precisas y ajustadas a la realidad que parecen establecer una diferencia apreciable con la mayor parte de los autores que le precedieron. No obstante, ello no impidió que en ocasiones el observador científico que parece Gilij se viera oscurecido por relatos de animales inexistentes, fabulosos y monstruosos, lo cual nos dice un poco del estado del conocimiento zoológico en la época en la que le tocó hacer su obra. La fauna americana, incluyendo la venezolana, apenas comenzaba a ser vista y estudiada por el continente europeo y con todas las conjeturas y aseveraciones hechas sobre supuestos animales y personas indescriptibles que poblaban el Nuevo Mundo,

no es de extrañar que Gilij incurriera ocasionalmente en los mismos desaciertos.⁸

Según esta óptica, Gilij aparece como un naturalista ilustrado que logró franquear los estrechos límites del saber que practicaban sus predecesores (¡y hasta de los que vendrían después!) sobre la fauna de América. Además, pasa a engrosar las filas de la serie continua de científicos que contribuyeron a *fundar* la moderna zoología con sus sucesivos descubrimientos. Basta con aminorar el ruido que produce el relato del cronista para hallar en el fondo, de forma transparente, el verdadero animal; y de este modo, también se le perdonan sus *desaciertos* ocasionales debido a que se encontraba *desprovisto*, como los demás científicos, de un lenguaje apropiado para describir la realidad de la recién descubierta fauna americana. Esta manera ingenua de presentar al misionero como un zoólogo, lo único que logra es crear más ruido y confusión alrededor de sus textos: el oro reluciente que la moderna taxonomía extrae de los oscuros socavones del relato va amontonando una ganga de *desaciertos*, que, a su vez, aumenta la colección de *disparates* cometidos por culpa

8. Alfredo Paolillo y Aldemaro Romero Díaz, "Los relatos de la fauna orinoquense hechos por Felipe Salvador Gilij, evaluados con la óptica de la zoología del siglo xx", en: *Montalbán* (21), Caracas, 1989, p. 159.

del "estado del conocimiento zoológico en la época en que le tocó hacer su obra".

Ahora bien, Michel Foucault nos aleja de tales anacronismos y de la confusión que éstos crean en los relatos de los cronistas, en el momento en que nos muestra, en *Las palabras y las cosas*, la *discontinuidad* que existe entre la historia natural que se practicaba en la episteme de la semejanza y la que emerge en la época clásica, la historia natural de la representación.⁹

[...] si nos remitimos a la *Historia serpentum et draconum*, se ve que el capítulo "De la serpiente en general" se despliega según las rúbricas siguientes: equívoco (es decir, los diferentes sentidos de la palabra *serpiente*), sinónimos y etimologías, diferencias, forma y descripción, anatomía, naturaleza y costumbres, temperamento, coito y generación, voz, movimientos, lugares, alimentos, fisonomía, antipatía, simpatía, modos de captura, muerte y heridas por serpientes, modos y señales por envenenamiento, remedios, epítetos, denominaciones, prodigios y presagios, monstruos, mitología, dioses a

9. Acerca de la *discontinuidad* que se produce entre la historia natural del saber de la semejanza y la de la episteme de la representación, Cfr. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 47-48. En particular los capítulos II "La prosa del mundo" y el IV "Clasificar".

los que está consagrada, apólogos, alegorías y misterios, jergológicos, emblemas y símbolos, adagios, monedas, milagros, enigmas, divisas, signos heráldicos, hechos históricos, sueños, simulacros y estatuas, usos en la alimentación, usos en la medicina, usos diversos. Y dice Buffon: "júzguese por esto qué parte de historia natural podrá encontrarse en todo este farrago. Todo esto no es descripción, sino leyenda". En efecto, para Aldrovandi y sus contemporáneos, todo esto era *legenda*, cosas que leer.¹⁰

Así pues, para que se pueda delinear la figura de una planta o de un animal en la historia natural descriptiva, es preciso que ésta aparezca envuelta en la leyenda que tejen los relatos en general. De esta manera, la leyenda es la *red semántica* que atrapa al viviente no sólo en su figura, sino también en su modo, en sus costumbres. Pero, ¿en qué consiste la *trama semántica* que al mismo tiempo pone en funcionamiento el saber de la semejanza? Foucault nos describe sobre todo cuatro figuras y su función específica en dicho saber, así como las complejas relaciones que se establecen entre ellas: la conveniencia (*convenientia*), la emulación (*æmulatio*), la analogía (*analogia*), simpatía y antipatía (*sympathia-antipathia*).¹¹

10. Foucault, *Op. cit.*, pp. 47-48.

11. Además de los ejemplos que nos presenta Foucault en el capítulo II de *Las*

Foucault nos dice que esta manera de conocer las “cosas visibles e invisibles” funcionó hasta fines del siglo xvi. Los naturalistas descriptores que estuvieron en América desde el Descubrimiento no proceden de una manera distinta en sus relatos de historia moral y natural. Sin embargo, hemos encontrado que el saber de la semejanza es un conocimiento que aún persiste en los padres misioneros durante el siglo xviii, por lo menos los que hemos considerado en el Nuevo Reino de Granada.¹² Habría que revisar una bibliografía más extensa sobre Amé-

palabras y las cosas, para cada figura, se pueden consultar, con más provecho, los que expone el excelente y fino análisis de Gonzalo Soto Posada, “La función de la Semejanza en las etimologías de san Isidoro de Sevilla”, en: *Cuadernos de formación avanzada* (12), Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2001, pp.10-30.

12. La idea de considerar los textos de historia natural de los padres misioneros en el siglo xviii surgió del trabajo que se ha desarrollado en el *Seminario de historia de la Biología* de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín (segunda fase, 1989-1996), así como en el *Seminario de Historia Natural en Colombia*, dirigidos por el profesor Luis Alfonso Paláu C. El punto de partida fue la lectura del *Orinoco ilustrado y defendido*, de Joseph Gumilla (1686-1750). Luego ampliamos la documentación considerando otros textos que fueron escritos en la misma época y donde se hacían descripciones de fauna y flora. Aparecieron nombres de misioneros tales como Fray Alonso Zamora (1635-1717); Juan de Rivero (1681-1736); Fray Juan de Santa Gertrudis (?-1799); Felipe Salvador Gilij (1721-1789) y Fray Antonio Caulín (1719-1802), entre otros.

rica Latina para corroborar posibles diferencias con respecto a la historia natural que practicaban otros misioneros tales como Molina y Clavigero, los cuales parece que ya operaban con las clasificaciones de Linneo y Buffon.

Para inventariar las plantas y los animales, los misioneros no poseen un orden que todos puedan seguir. Por ejemplo, si alguno de ellos describe las aves, lo hará en la medida en que las vaya encontrando en sus itinerarios y, de este modo, pueden aparecer al lado de descripciones de plantas o de otros animales dispersos en todo el texto. Entonces, los vivientes encuentran su existencia (modo y figura) gracias a que sus relatos aumentan la leyenda en la que han estado atrapados o comienzan a estarlo. Esta leyenda se compone de elementos muy heterogéneos, los cuales provienen de la Antigüedad, de la Edad Media o del Renacimiento, así como de los que toman de los textos de divulgación científica que les eran contemporáneos, tales como los diccionarios de historia natural y las enciclopedias.

En este artículo describiremos algunos ejemplos que nos permitirán ver la manera por la cual estos elementos, tomados de diversos contenidos culturales, se articulan, gracias a la función de la semejanza, en las descripciones que los misioneros realizan de los vivientes. Para ello, hemos dividido el trabajo

en dos secciones: una dedicada a las descripciones de los animales (cuadrúpedos —que aquí no son otra cosa que bestias y fieras—, aves, peces, serpientes y un apartado dedicado a los hombres salvajes). Y en la otra, dedicada a las plantas, describimos la documentación respectiva haciendo énfasis en los elementos más significativos, como aquellos que intervienen en la descripción de los árboles, las plantas medicinales y la mezcla de los reinos.

2. Los animales: bestias y fieras

La denominación de “bestia” conviene apropiadamente a los leones, pardos, tigres, lobos y zorras, así como a perros, simios y otros que muestran su crueldad con la boca o con las uñas; por eso se exceptúan las serpientes. Y se les dice “bestias” por la violencia (*vis*) con que manifiestan su ferocidad. El nombre de fieras (*ferae*) lo deben a que hacen uso de su natural libertad y se dejan llevar (*ferre*) según su deseo: su voluntad es libre y vagan de un lado para otro, dirigiéndose a donde su capricho las lleva.¹³

Estamos aquí más cerca de estas definiciones de Isidoro que de los

cuadrúpedos ovíparos o vivíparos distinguidos según la clasificación de Aristóteles. De esta manera, encontramos descritos animales terrestres de toda clase: monos, osos, jabalíes, armadillos, etc., al lado de anfibios tales como iguanas, tortugas, ranas o caimanes.

El caimán o cómo con-figurar un monstruo

No puede idear la fantasía una pintura más propia del demonio que retratándole con todas sus señales. Aquella trompa feroz y verrugosa, toda negra y de duro hueso, con quijadas, que las he medido, de cuatro palmos, y algo más; aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas arriba y abajo, y tantas, no sé si diga navajas aceradas, dientes o colmillos; aquellos ojos, resaltados del casco, perspicaces y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia bajo el agua, saca únicamente la superficie de ellos para registrarlo todo sin ser visto; aquel dragón de cuatro pies horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua [...] publica que todo él es ferocidad, saña y furor; por lo cual no hallo términos que expliquen la realidad de las especies que de este infernal monstruo retengo concebidas.¹⁴

13. Isidoro de Sevilla, *Las etimologías*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, t. II, 1982, p. 69.

14. Joseph Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, Caracas, Biblioteca de la academia nacional de historia, 1963, p. 419.

Como dice Kappler, la noción de monstruo —por supuesto antes de que aparezca la teratología como ciencia— es subjetiva y relativa y su amplio espectro parece no tener límites.¹⁵ Aquí podemos alinear también la descripción de Gumilla, la cual se corresponde punto por punto con la noción de monstruo que aparece en las *Etimologías*: “Por su parte, *monstra* deriva su nombre de *monitos*, porque se muestran para indicar algo, o porque ‘muestran’ al punto que significado tiene una cosa. Y éste es su significado propio, que se ha visto no obstante, corrompido por el abuso que de esta palabra han hecho los escritores”.¹⁶ En efecto, ¿qué muestra el caimán? ¿cuál es su monstruosidad? Es un demonio, monstruo infernal; es un dragón (serpiente de cuatro patas)... En síntesis, su cuerpo está cubierto de las marcas que saltan a la vista y que hacen visible su origen, modo y figura: malicia, horror, ferocidad, saña, furor...

15. Sobre la tipología del monstruo, Cfr. Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad media*, Madrid, Akal, 1986. Ver en especial el capítulo iv. El tamaño desproporcionado; los antípodas y el color de su piel; “los que hacen lo contrario de lo que nosotros hacemos y no realizan ciertos actos que para nosotros son primordiales”; por carecer o tener en exceso algún órgano esencial; “sustitución de un elemento habitual por otro insólito”; metamorfosis, etc., son algunos de los elementos que aparecen con más frecuencia para elaborar un monstruo.

16. De Sevilla, *Op. cit.*, t. II, p. 47.

La danta o cómo con-figurar una bestia

Operando con la semejanza en la diferencia, las partes de otros animales (cerdo, ternera, jumento) se combinan para armar la figura de este enigmático animal que sobresalía por su alzada y cuyas costumbres sólo se podían apreciar en medio de la selva. Sin lugar a dudas, se trata de una presa de caza mayor muy apetecida por su carne —semejante a la de los animales domésticos como la vaca o el cerdo— y cuyos singulares cascos hendidos tendrían las mismas virtudes curativas que los cuernos del legendario unicornio:

[...]su figura es la más rara que se pueda pensar: su cuerpo es del tamaño de un jumento o de un muleto de un año; los cuatro pies, cortos, que no corresponden al cuerpo, rematan, no en las pezuñas, como las de la ternera, sino en tres; y estas son las uñas tan afamadas y tan apreciables, que vulgarmente se llaman las uñas de la gran bestia [...] La cabeza del ante tiene alguna semejanza, aunque poca, a la del cebón; y tiene entre ceja y ceja un hueso tan fuerte, que con él rompe cuanto maleza y palos halla por delante en las selvas; [...] la cola del ante tampoco dice ni corresponde a su cuerpo, porque es corta, delgada y retorcida ni más ni menos que la de un cebón; también tiene crin que le

da algún aire; pero no excede en la crin de un jumento. De tan buena gana vive en lo profundo del río o de la laguna como en la tierra [...] *En fin se llama comúnmente la gran bestia. No sé por qué; tal vez será porque es un animal irregular, que viene a resultar de varias partes de otros animales, sin que el todo se parezca a alguno de ellos [...]*¹⁷

El modo y la figura frente a la taxonomía

Gilij le adjudica al clima (entendido aquí como intemperies o templanza de los aires) el origen de la variedad de tamaños y formas que presentan los animales de América con respecto a los de Europa:

Mi experiencia no pasajera me induce a poner toda la culpa de las diferencias americanas en el clima cálido. Me parece que el frío o el calor exagerados, aun prescindiendo de los motivos, mudan casi la naturaleza de las cosas. Los pequeños míseros arbustos y también los animales o pequeños o pocos del más remoto septentrión muestran si yo digo la verdad con respecto al frío. Nuestras hierbas, nuestros árboles y arbustos, los animales semejantes a los nuestros nos pueden ayudar a comprender qué extrañas

metamorfosis produce el excesivo calor en América.¹⁸

Por esta razón el padre ve, según el tamaño de tal o cual animal (excesivamente grande o pequeño), una degeneración de las especies. De esta manera, observa en el oso hormiguero una versión *bastarda* de los grandes osos. Y justamente por esta apreciación se convierte en el blanco de las críticas del padre Molina, el cual lo enfrenta con la taxonomía de la historia natural de la representación:

Nada ha sido tan perjudicial a la Historia Natural de la América como el abuso que se ha hecho, y se continúa haciendo de la nomenclatura; de esto se han derivado los voluntarios sistemas de la degradación de los cuadrúpedos en aquel inmenso continente; y de aquí proceden los ciervos pequeños, los jabalíes pequeños, etc. que se alegan y citan a favor de aquellos sistemas, y los cuales no convienen con la especie a la que se supone que pertenecen nada más que en el nombre abusivo que les pusieron algunos *historiadores de poca observación que se dejaron engañar de las apariencias superficiales de las formas y de las figuras*. Un autor moderno muy respetable, que pretende ser

17. Gumilla, *Op. cit.*, p. 211. Cursivas nuestras.

18. Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de historia americana*, t. IV, Caracas, Academia nacional de historia, 1965, p. 81.

cosa evidente la degeneración de los animales de América, cita para prueba de su opinión al mirmecófago americano, llamado vulgarmente oso hormiguero, desechándole como un ramo degenerante de la especie del oso: mas conviniendo todos los naturalistas en que este pequeño cuadrúpedo se distingue del oso no solamente en el género, sino también en el orden, no hay para que reputarle como variedad bastarda de una especie, con la cual no ha tenido jamás ninguna afinidad esencial y característica. Pero, cuántos paralogismos de la misma naturaleza podríamos citar igualmente, si quisiéramos vindicar todos los cuadrúpedos americanos contra quienes han fulminado provisionalmente la sentencia de degradación.¹⁹

Las respuestas de Gilij a estas acusaciones de Molina nos permiten hacer visible por qué no puede desprenderse de la episteme de la semejanza, de la cual se sirve para considerar a los animales según una similitud (en modo y figura) con los que ha visto o de los cuales ha leído o le han hablado, ya sea en Europa o en América. Y todo esto, a pesar de estar informado de la taxonomía zoológica y botánica a través de un instrumento de divulgación tal co-

mo lo fue el *Dictionnaire d'histoire naturelle*, de Valmont de Bomare:

[...] yo no establezco aquí un canon de historia natural, ni clases, órdenes, géneros, especies, variantes ni otras semejantes distinciones del norte. Digo que "se llama oso, y que se le asemeja en alguna manera". ¿Esto no es verdad? Que se llame oso, lo saben todos los americanos. ¿Quién puede dudar de que se asemeja al oso verdadero? El oso se empina para saltar, gusta mucho de la miel, así también el osito. A los osos del Orinoco les falta tanta fiereza cuanto admiramos en los nuestros.²⁰

Su defensa continúa oponiendo su experiencia —como misionero que ha vivido por más de dieciocho años en contacto directo con los hombres, los animales y las plantas que describe— a las clasificaciones de quienes nunca han estado en América: "Y he aquí que me he abierto el camino para hablar brevemente del sistema que he seguido al redactar mi Historia, sistema que no es ni buffoniano, ni de Linneo sino verdadero. Nadie ciertamente llamará este sistema caprichoso".²¹

Y en esto último estamos de acuerdo con este hombre del Renacimiento, aquí no hay ningún salto de cabra, ningún capricho y, sin

19. Molina, *Saggio sulla storia naturale de chili*, citado por Gilij, *Op. cit.*, t. IV, pp. 73-74. Cursivas nuestras.

20. Gilij, *Op. cit.*, t. IV, p. 76.

21. *Ibid.*, p. 77.

lugar a dudas, se trata de un *sistema* verdadero. Entonces, se trataba tan sólo de alguien que intentaba describir por lo menos una pequeña parte de las *infinitas figuras* que la sabiduría divina informa en la materia y que, como buen lector de *la prosa del mundo*, estaba obligado a interpretar y a relatar: “y si yo dijera que el oso o el osito hormiguero, como yo le llamo, si yo, repito, dijera que ese animal es una rama degenerada de la especie del oso, ¿qué mal haría en esto? Habría pecado contra los cánones de la Historia Natural, de ninguna contra los de la naturaleza y buena lógica”.²²

Aves

“Para el oído”

“Es sabido que muchos nombres de las aves tienen su origen en el sonido de su voz. Es el caso de la grulla, el cuervo, el cisne, el pavo, el milano, la lechuza, el cuclillo, el grajo, etc. La diferencia de su canto enseña al hombre cómo podría denominarlas”.²³ Esta *enseñanza* de Isidoro es seguida de manera fiel por Santa Gertrudis, quien busca en el sonido peculiar de las aves el origen de sus nombres: “...vi unos pájaros, tamaños como unos gansos,

altos de zanca, como la garza [...]. Pregunté cómo se llamaban y me dijo un arriero: llamanse coclíes. Este nombre les pondrían porque cuando andan volando siempre están cantando: coclí, coclí, coclí”.²⁴ Además de esto, el padre escucha en los cantos de las aves un coro por medio del cual alabar la creación. Las loas no sólo se manifiestan mediante formas y colores, sino también por medio de una multiplicidad de melodías que ayudan a componer el paisaje sonoro del *gabinete sagrado*:

Al mismo tiempo sentía una música tan suave como causa un órgano tocado a pausas, después de las regalías los cañutos grandes. Y esta música aumentaba más la hermosura del sol. Yo desperté que serían las dos después de la media noche, y oí cantar una bandada de pajarritos en un manchón del monte, que allí estaba cerca. Cantaron un rato, y al pausar, vuelven, vuelven los primeros a su canto, y así se fueron alternando cerca de media hora, formando el mismo tono que yo durmiendo había oído.²⁵

De manera más precisa, estos cantos pueden ser aislados y *traducidos* en una lección moral, tal como ocurre con el prodigioso pá-

22. *Ibid.*, p. 75.

23. De Sevilla, *Op. cit.*, p. 107.

24. Juan de Santa Gertrudis, *Maravillas de la naturaleza*, t. 1, Bogotá, Imprenta de la presidencia de Colombia, 1956, p. 98.

25. *Ibid.*, pp. 401-402.

jaro que, debido a su extraordinario canto, se convierte en el emblema viviente de la labor de los misioneros. Basta con oírlo en el relato:

Lo llaman el predicador, porque cuando canta dice tan claro como pudiera una criatura de lengua expedita: Dios te dé, Dios te dé, Dios te dé. Entre el primer Dios te dé y el segundo hace una pausita, y como lo pronuncia muy piadoso, y los otros Dios te dé los pronuncia muy a prisa, al oír en los des poblados este pájaro cantar Dios te dé, Dios te dé, Dios te dé conmueve ciertamente el corazón. La hembra canta del mismo modo, y dice: Dios te dará, dará, dará. Hay muchísimos de estos pájaros, y lo más singular es que su lengua es una pluma. Yo no lo quería creer, hasta que lo vi por mis ojos, y he tenido lenguas suyas en la mano.²⁶

Y habrá que agregarle a su singular lengua (clara analogía con la escritura que alaba las maravillas de la creación describiéndolas), los gestos de su pico que forman una "cruz perfecta en el aire",²⁷ para pasar a la enseñanza moral que encarna:

26. *Ibid.*, t. I, p. 96.

27. "El pájaro hace gestos extraordinarios cuando se dispone a beber. Dicen los frailes que hace la señal de la cruz en el agua y esta creencia popular ha valido al tucán, por parte de los criollos, el extraño nombre de Diostedé". Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, t. IV, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1941, p. 277.

Ahora lo que con esto, y con su canto querrá decir el pájaro, sólo Dios lo sabe. Yo dijera, o que dice: Perú, Dios te dé Luz del Evangelio para que lo conozcas, u obreros evangélicos celosos que arranquen tus vicios, o tal vez, como allí está tan fría la caridad fraternal, querrá decir: Dios te dé bienes con que mantenerte y pasar la vida; como quien dice, en esta tierra, si Dios no te da, no aguardes del otro. Varias veces prediqué moralizando estos tres puntos.²⁸

Peces

Las descripciones de los peces se insertan en los *límites de lo posible* de una larga tradición. Ésta considera como peces a todos los animales que viven en el agua. El primero que nombró los animales fue Adán. Luego vienen los demás hombres, los cuales se encargarán de continuar con este inventario de la creación divina. En el caso de los peces, los hombres, en sus distintas lenguas, tomaron a los animales terrestres para establecer su semejanza con los acuáticos: "Los hombres, antes que a los peces, dieron nombre a los ganados, a las bestias y a las aves, porque las vieron y conocieron antes. Más tarde, y poco a

28. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. I, p. 102.

poco, fueron imponiendo nombres a las diferentes clases de peces que iban conociendo, nombres que tomaban de su similitud con los animales terrestres, de su particular aspecto exterior, de sus costumbres [de su color, de su figura, o de su sexo].²⁹ Estas “entradas” (similitud con los animales terrestres, aspecto exterior, costumbres, color, figura, sexo) aparecen en las descripciones de nuestros misioneros, a las que podemos agregar otras tales como su valor medicinal, industrial o alimenticio.

“Novedad de especies y figuras”

En términos generales, los peces se consideran según las clasificaciones del Renacimiento. Nuestros pescadores de almas reconocen la dificultad para hallar los peces de Europa que pudieran servir para establecer una “ semejanza adecuada”, como dice Gumilla, con los de América: “Lo más que al reparar bien en aquellos pescados podemos decir es: ‘éste se parece algo a la trucha; aquel se asemeja algo al lenguado, etc.’”³⁰ De este modo, los misioneros reducen todos los peces que pudieron conocer, a la antigua división de peces planos o redondos con escamas o sin ellas. Entre los peces que entran en esta clasificación, tenemos al manatí. Presen-

te en casi todos los textos que describen la fauna y la flora americana desde el siglo XVI, éste parece reunir todas las valorizaciones que se pueden desear de un animal tan singular.³¹ ¿Qué extraño pez es éste sin agallas, que anuncia la lluvia con sus saltos; posee un sexo semejante al de los humanos; pare a sus crías y las amamanta? De esta manera, los valores medicinal (posee un hueso redondo que sirve para detener los flujos de sangre), industrial (con su recia piel como de buey se hacen escudos, sogas y flechas) y por supuesto alimenticio, se conjugan para presentarnos un pez que por analogía se convierte en una vaca o buey en su “aspecto y costumbres”:

Es la figura del manatí, o vaca marina, muy irregular y diversa de todo otro pescado. Ya dije que se mantiene de la hierba y ramas que se crían en las márgenes del río; la dentadura toda, y modo de rumiar, es propia del buey, también son semejantes a los del buey su boca y labios, con semejantes pelos a los que tiene también el buey junto a la boca; en lo restante de la cabeza no se le parece, porque los ojos son muy pequeños y desproporcionados a su grande mole; sus oídos apenas se pueden distinguir con la vista; pero

29. De Sevilla, *Op. cit.*, t. II, p. 95.

30. Gumilla, *Op. cit.*, p. 220.

31. Acerca de las vicisitudes de este animal en cuanto a su clasificación, ver la bella antología de José Durán, *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

oye de muy lejos el golpe del remo, por lo cual los pescadores bogan sin sacar el remo del agua, por no hacer ruido; no tiene el manatí agallas, y así necesita sacar cada rato la cabeza para resollar.³²

La insistencia en considerarlo como un pez, a pesar de compartir su modo y figura con el buey, se podría explicar por su principal valor de uso, es decir, como alimento. Todo comienza con la hierba que come el manatí. Se trata de una hierba muy tierna que le transmite dicha cualidad a su carne y que, a su vez, es comparada con la de cerdo y la ternera. Ahora bien, tal parece que al consumirlo en cuaresma se estaba frente a un dilema con claras connotaciones teológicas: ¿pez o animal terrestre? “Por todos comúnmente, tanto eclesiásticos como seculares, es tenido como pez. Lo cierto es que, salvo al tiempo de comer, según me parece, está siempre en el agua. *Bien pueden ver todos por esto que si en Europa hubiera peces semejantes, el ayuno cuaresmal no sería para muchos, como ahora sucede, dificultísimo*”.³³ Pero este no es un caso aislado. No es la primera vez que los religiosos se enfrentan al problema que resulta de la “confusión de géneros”. Bachelard nos cuenta un

caso semejante en el cual lo único que varía es el animal en cuestión:

Las negretas estaban consideradas como pájaros de sangre fría. Si se preguntaba cómo incubaban dichos pájaros, se solía responder que ¿por qué debían incubar, puesto que no pueden, por naturaleza, calentar sus huevos y sus polluelos? “una asamblea de teólogos de la Sorbona —añade el abate Vallemont— ha decidido que sacaría a las negretas de la clase de los pájaros para colocarlas en la de los peces”. Son, por lo tanto, un alimento de cuaresma.³⁴

Serpientes

En general las serpientes son consideradas como animales peligrosos y temidos. Sin embargo, las descripciones que se hacen de éstas apuntan siempre a destacar algún aspecto singular, el mismo que conduce a poner en evidencia su finalidad. Las formas, los colores, las “costumbres”, las relaciones con las plantas, los animales y los hombres; sus usos medicinales, son algunos de los elementos que se agrupan para crear la figura de las serpientes.

32. Gumilla, *Op. cit.*, p. 226.

33. Giliy, *Op. cit.*, t. 1, p. 97. Cursivas nuestras.

34. Gastón Bachelard, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 154-155.

El buío

El buío o boa es descrito por casi todos los cronistas. Se trata de un monstruo, debido a su gran tamaño, el cual tiene la extraordinaria capacidad de engullir toda clase de animales e incluso a los arrieros con sus mulas y carga:

[...]más al querer saltar a las balsas, salió un culebrón cuyo cuerpo era del tamaño de un novillo de cuatro años, sacó cuatro o cinco varas de su cuerpo sobre las balsas, y dio tal arrempujón, que las sacó de la orejuela, y se fue por el dique. A estos monstruos llaman allá culebras boas, y hay varios que las han visto.³⁵

Lo que hace de este monstruo una verdadera singularidad es la capacidad que tiene su aliento para atraer a sus víctimas. Todos nuestros autores se esfuerzan por enfatizar esta cualidad extraordinaria. Y para ello recurren a todas las fuentes que están a su disposición. Así, en Gumilla, el “vaho ponzoñoso” e infeccioso de la boa encuentra eco en innumerables relatos, los cuales narran las “experiencias” con serpientes que de una u otra forma atraen a distancia a sus víctimas gracias a la Simpatía. Estamos frente al basilisco, recreado de forma indefinida. En Europa, personajes tales como obispos y sabios de la época

fueron testigos oculares del extraordinario efecto en los jardines de sus prestigiosas instituciones. “El que no crezcan hasta la desmedida magnitud de las del Orinoco proviene de lo muy poblado que están estos países, y de lo muy despoblado de aquéllos; acá no falta quien las mate antes que pasen a monstruos; y allá cuando se dejan ver, ya lo son”.³⁶ Así pues, operando con la Semejanza en la Diferencia y, agregándole la convergencia de tales testigos y lugares, se dan las condiciones más propicias para afirmar la existencia de las mencionadas serpientes. Por lo demás, el religioso quiere ir más lejos y se propone explicar las “causas” de la “virtud atrayente” del animal, para lo cual recurre a la “filosofía natural”:

Supuesto que se procede bien arguyendo asimili, inquiriendo unos efectos a la vista de otros, conjeturando las causas de unos y de otros, guiándonos por la similitud de ellos, no debe despreciarse en la Filosofía Natural la argumentación a contrariis, careando entre sí causas y efectos, contrarios, para divisar, aunque a lo lejos, las raíces heterogéneas de ellos; y esta es una de las veredas que se pueden tomar, para buscar la raíz incógnita de un efecto tal cual es la atracción actual del buío, dónde reside y en qué consiste esta virtud atrayente.³⁷

35. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. I, pp. 53-54.

36. Gumilla, *Op. cit.*, p. 380.

37. *Ibid.*, pp. 390-391.

El “examen” comienza por mostrar la existencia de los efluvios: “negocio de hecho, y tan ordinario, que no hay para que insistir en ello”.³⁸ La larga lista, que va desde los que se desprenden de los vivientes hasta los que emanan del imán, forma la primera parte del silogismo que le permite relacionarla con el vaho ponzoñoso de la boa y su efecto:

De lo dicho formo un epílogo en este entimema: los efluvios de algunas cosas insensibles, los de los árboles aromáticos y aromas, los de las hierbas y árboles nocivos, se extienden y efectivamente obran a mucha distancia; luego los efluvios corruptos y malignos que arroja el culebrón buío aturden e inficionan a los animales. A lo menos, la posibilidad de esto nadie me la podrá negar[...]³⁹

¿Cómo actúan a distancia dichos efluvios? Para responder a esto, se vale del imán. Este objeto inanimado tiene la “virtud” de atraer otros metales tales como el hierro y el acero, a los que además transmite sus virtudes. Y este fenómeno físico se explica al mismo tiempo con otro tomado de los conocimientos de la fisiología de la época:

Supongo que nadie cuestiona ni duda de la existencia de innumerables *poros* por donde los cuerpos de los vivientes y los

insensibles exhalan cantidad de efluvios, ya saludables, ya nocivos; ni la velocidad y facilidad con que, vibrados éstos, corren con el aire y se introducen por los poros de otros cuerpos, con notables efectos ya favorables, ya dañosos, según la variedad de sus cualidades y la diversa disposición de los cuerpos en que se introducen.⁴⁰

Cabe recordar que fue muy común, antes y durante el siglo XVIII, que los fenómenos físicos se explicaran por los fenómenos biológicos. Así, el magnetismo encontraba su explicación en el momento en que le fueron incorporados poros al imán, los cuales cumplían de forma análoga las mismas funciones que en los seres vivos. En efecto, lo que le permite al misionero desatar el *nudo gordiano* con el silogismo alrededor de la boa, que confecciona haciendo proliferar las analogías, es precisamente el que los efluvios puedan entrar y salir a través de los poros tanto de seres animados como de los inanimados.

Luego de explicar cómo actúa el influjo del sol —*el corazón de las plantas*—, sobre la fisiología de éstas: “su calor abre los poros, dilata las fibras y la mutua comunicación de los ventrículos o células; por lo cual corren con mayor abundancia y más facilidad los fluidos que ex-

38. *Ibíd.*, pp. 385-386.

39. *Ibíd.*, pp. 385-386.

40. *Ibíd.*, pp. 385-386. *Cursivas* nuestras.

traídos por las raíces circulan por todo el árbol, repartiéndole vigor con tanta mayor abundancia cuanto más fácil hallan los fluidos el tránsito...”,⁴¹ el autor completa su razonamiento, *argumento a contrariis* —que no es otra cosa que la Antipatía—, introduciendo la noción cartesiana de *los espíritus animales*:⁴²

Séame lícito ahora filosofar de este modo. El sol con sus influjos es el atrayente que llama para sí la inmóvil e insensible planta todo cuanto ella puede dar de sí; luego, por los términos contrarios el fatal buío es el atrayente que, trastornando con la malignidad de sus eflu-

vios el curso natural de *los espíritus animales* del paciente, y trabucada ya su natural conducta, le impelen (contra toda su inclinación) a un movimiento contrario, hacia su ruina, y pestíferas fauces del buío atrayente.⁴³

De otro lado, para tratar de explicar la enorme fuerza atrayente que requiere el vaho del animal para lograr su cometido, así como la posibilidad de impedirselo, Gumilla construye otras analogías con la ayuda de la descripción de un fenómeno atmosférico y del mecanismo de una bomba de agua; los que, a su vez, tienen como explicación común el *horror vacui* de Aristóteles y Plutarco. De paso, podemos ver también como la *sutilidad*, que en el espíritu precientífico funciona como un signo de poder, encaja perfectamente aquí: tanto el buío, como el fenómeno atmosférico (la manga) y la bomba, deben su “fuerza atrayente” al aire sutilizado e invisible que, de manera misteriosa, cada uno genera:

Según este diseño, puede el curioso filosofar acerca de la virtud atrayente del buío, guardando la debida proporción, y figurarse (sin juicio temerario) que de las fauces del culebrón sale un turbillón de efluvios malignos, cuyo centro, después que ha inficionado al paciente,

41. *Ibid.*, pp. 390-391.

42. “Los espíritus animales son la parte más sutil de la sangre, cuerpo fluido movido muy rápidamente a través del organismo; son ellos quienes, fluyendo incesantemente de las arterias hacia los nervios y los músculos, a través del cerebro, mueven toda la máquina corporal. La composición de los espíritus es la de la sangre, tan variable como puede ser la de la sangre. Su naturaleza física es la del viento o la de la llama. Son sangre que ha perdido forma. Por consiguiente, sin duda alguna, los espíritus animales ‘no son más que cuerpos’, son la causa del movimiento de los miembros solamente porque su propio movimiento se hace ‘siguiendo las leyes de la naturaleza’ por fuera de toda potencia o inclinación propia. Si Descartes los compara con la llama es solamente para dar alguna idea de su tenuidad y de la velocidad de su movimiento”. Georges Canguilhem, *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*, trad. de Luis Alfonso Paláu C., Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 1992, p. 30.

43. Gumilla, *Op. cit.*, p. 391.

vuelve con fuerza hacia la fuente de donde dimanó, que es el buío, atrayendo la presa al modo que la manga dicha atrae el agua; pensamiento que se confirma viendo que así como el único remedio de los navegantes es romper a cañonazos el aire, y con él la columna que formó el remolino, así en las Américas, y en los demás países que arriba insinué, no han hallado otro remedio que romper el aire intermedio que hay entre el buío y el paciente; de lo que se infiere (aunque no se vea) que en dicho aire está el turbillón o remolino de efluvios venenosos y en su centro la virtud atrayente. Ni parecerá mal si alguno quisiere considerar la virtud atrayente de este venenoso turbillón del buío con la similitud de la bomba aspirante y atrayente en cuyo movimiento se extrae el agua de la sentina y fondo de los navíos, arrebatada contra todo su peso e inclinación natural hacia lo alto del navío, sin que hallemos otra razón que dar en esta maniobra sino decir que sube el agua y deja violentamente su centro para evitar el vacío que (por más experimentos que se añadan) lo tiene la naturaleza desterrado a los espacios imaginarios.⁴⁴

Como vemos, aquí todo es causa de todo y, como el mismo misio-

nero lo enuncia —en términos de algo que le podrían oponer— un “arcano” trata de explicar otro, o más bien, “un milagro quiere ser probado con otro”. Gumilla quiere razonar a la manera de los sabios naturalistas de la época para explicar el maravilloso fenómeno que ha tejido la leyenda. La misma que se amplía con comentarios que provienen de la información que cualquier lector de obras de divulgación científica podía obtener, como los diccionarios de historia natural, por ejemplo. Sin embargo, reconoce sus límites: “... pero por no desviarme mucho de la *parte historial*, a quien sirve de adorno la natural y geográfica, y principalmente porque no hallo fondo en mi corto caudal para fundar opinión, concluiré apuntando a una clarísima solución, dejando la disputa para plumas más experimentadas que la mía”.⁴⁵ De esta manera, todos sus esfuerzos van a parar a los lugares comunes del sermón dominical, pero esta vez inspirado en la estructura del bestiario cristiano, el cual describía el animal para luego pasar a traducir los signos que sus partes, así como sus hábitos (*costumbres*), le sirven de enseñanza moral al creyente:

No pierde el hombre atraído del buío su juicio, según lo declaran muchos que se han visto tirados del vaho de aquella boca; pero ¡qué congoja, qué sudores

44. *Ibid.*, pp. 392-393.

45. *Ibid.*, p. 389. Cursivas nuestras.

fríos, qué angustias fatales no sofocarán el ánimo del pobre que contra su voluntad se ve llevar a la tremenda boca de aquella bestia carnívoras e insaciable monstruo! Gran similitud es la de este apretado lance, para que abran los ojos, suden y se acojoren los que, halagados de la serpiente infernal, se dejan llevar de su vaho y atractivo, sin reparar que el paradero es la boca de un infierno inacabable, que ya tiene abierta su garganta para tragarlos sin remedio.⁴⁶

Los pilosos

No es inútil comenzar por recordar que el tema de los hombres salvajes o monstruos mitad humano, mitad animal, es de vieja data. Sus leyendas más significativas se desprenden desde la Antigüedad. Así, Aristóteles decía que "monos, babuinos y cinocéfalos son de naturaleza tal que 'tienen algo a la vez del hombre y de los cuadrúpedos'. Son así seres situados en los límites de las dos 'naturalezas', y se les puede clasificar en la categoría intermedia de 'hombres salvajes'".⁴⁷

La figura del hombre salvaje es el producto no sólo de la multiplicidad de las formas con las cuales aparece representado en grabados

y pinturas, o descrito en los relatos, sino también de la descripción minuciosa que se hace de sus costumbres, de su comportamiento, motivo por el cual siempre fue considerado como una *bestia*. Y las "razones" de esto son por lo tanto bien explícitas: el lugar donde habitan —cavernas, bosques, desiertos, etc.—; no poseen una organización social o religiosa, lo que salta a la vista cuando se trata del hombre salvaje considerado como monstruo, pero, por supuesto, esta "razón" también se aplica a los hombres salvajes por oposición a los civilizados; la alimentación, aunque pueden ser vegetarianos, la carne cruda o en el peor de los casos el canibalismo, son una constante.⁴⁸

Pero vamos a nuestros cronistas misioneros. Como pilosos son descritos por estos buenos curas unas especies de monstruos u hombres salvajes. Hemos visto que su leyenda es muy antigua y que, por lo tanto, ha cumplido diferentes funciones culturales a través de las épocas. ¿Cómo se amplía y actualiza aquí dicha leyenda? ¿Qué función específica cumplían los pilosos, ya considerados como monstruos, o como hombres salvajes? Veamos algunos relatos y tratemos de describir en qué consistía su papel en medio de la leyenda.

46. *Ibid.*, p. 378.

47. Kappler, *Op. cit.*, p. 182.

48. Los ejemplos abundan para cada caso durante la Edad Media y el Renacimiento. Cfr. Kappler, *Op. cit.*, pp. 179-186.

Comencemos con este relato de Santa Gertrudis, escrito a comienzos del siglo XVIII:

Contóme también este Fr. lego que al principio, yendo con el padre Fr. Juan Mateo registrando aquellas tierras por el monte, que un día habían encontrado un *monstruo*, de *medio cuerpo para arriba criatura, y de medio cuerpo para abajo como fiera y con vello*. Él todavía era guagua, [niño pequeño] y tan guagua, que aún no se podía aguantar en pie, y que ya tenía siete cuartas de largo. Ellos lo despertaron, y se fueron saliendo a toda prisa de aquel paraje, temerosos que si su madre salía en busca suya, los podía acometer y dañar. *Estoy dudoso si lo bautizaron primero o no, que subconditione, supuesto que la parte superior tenía forma humana, bien se podía*. A estos monstruos llaman por allá *pilosos* unos, y a los otros los llaman alarbes. Esta especie tenía yo de antemano, porque los arrieros que de la ciudad de la Plata [...] preguntándoles si en el páramo de Guanacas vivían algunas *naciones de indios bárbaros*, nos dijeron que no, porque a más de ser lugar tan rígido, había pilosos. Yo inquiriendo esta especie, vine a sacar que eran unos monstruos como el referido, y que crecían tres veces más que la estatura de un hombre; y que de medio

cuerpo para abajo eran muy vellosos [...] Yo por entonces lo tuve por fábula [...] *Que hay tales monstruos lo afirma el profeta Isaías por estas palabras: Isay. Cap. 13. V. 21. Et habitant ibi struthiones; et pilosi saltabunt ibi. Y habitarán allí avestruces, y los pilosos saltarán allí. Con que consta de la Escritura que los hay.*⁴⁹

La descripción de los pilosos en su figura y en su comportamiento se logra gracias a un cúmulo de *declaraciones* de testigos, las cuales aumentan aun más la leyenda. Ésta actualiza las palabras del profeta en las Sagradas Escrituras y el paso de la fábula a la realidad de la existencia de tales seres se hace posible. Sin lugar a dudas, lo que este monstruo está destinado a *mostrar* aquí es el extremo de la *barbarie* que él encarna. Así como el inhóspito páramo mencionado en el relato, que sólo puede ser refugio para tales criaturas. En este punto, podemos señalar que el indígena también es descrito como un monstruo, como aparece en este retrato que de él hace Gumilla, donde pecados capitales y vicios se simbolizan y aparecen en sus respectivas sedes para dibujar su figura:

El indio en general (hablo de los que habitan las selvas y de los que empiezan a domesticarse)

49. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. 1, pp. 146-147. Cursivas nuestras.

es ciertamente hombre; pero su falta de cultivo le ha desfigurado tanto lo racional, que en el sentido moral me atrevo a decir que el *indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto*, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, pies de miedo, y su vientre para beber y su inclinación para embriagarse son dos abismos sin fin [...] No tienen otra idea que la de las bestias, que es comer, beber, multiplicarse y resguardarse de lo que aprehenden como dañoso y perjudicial. Esta y no otra es la vida de aquellos hombres silvestres.⁵⁰

Entonces, digámoslo de una vez, tal caracterización tiene como función ubicar al indígena en una especie de zona intermedia entre el piloso (monstruo con características humanas) y el hombre bautizado y domesticado. Pero se trata de un monstruo híbrido: *mitad criatura y mitad fiera*. Si la parte superior de dicha criatura es humana y si los humanos provienen de Adán, tienen alma racional y son mortales, en consecuencia ésta se puede bautizar ¿y a qué otra cosa se viene a América como misionero?

Recordemos que la historia moral, que es la narración de las costumbres en general —incluyendo

mitos y ritos— de los indígenas, sólo toma en cuenta como objetos de esta historia a todos aquellos que han recibido el bautismo, o que se preparan para ello. En otras palabras, la historia moral comprenderá a todas las criaturas humanas que estén bajo las leyes de Dios, a diferencia de la historia natural que se ocuparía de lo que está por fuera de las leyes divinas. De esta manera, tanto los indígenas como los pilosos serán considerados, en tanto no hayan sido bautizados, como pertenecientes a la historia natural. Pero, es necesario aclarar que la diferencia es sólo aparente, porque las fronteras entre una y otra historia se borran, en el preciso momento en que se moraliza la naturaleza o viceversa; todas las criaturas fueron creadas por Dios, incluyendo a este hombre salvaje considerado como monstruo. Este problema teológico se remonta a San Agustín, quien se ocupó de los monstruos humanos y a través de los cuales “se propone invitar enérgicamente al fiel cristiano a no poner en duda los correctos fundamentos y la perfección de la Creación en su totalidad: quien, ante la monstruosidad, considera que se ha producido un *error* del Creador, demuestra tener un espíritu estrecho; en efecto, no siendo capaz sino de ver un aspecto muy limitado del universo, no puede comprender la razón de aquello que le sorprende[...]”⁵¹

50. Gumilla, *Op. cit.*, pp. 103-107. *Curvas* nuestras.

51. Kappler, *Op. cit.*, pp. 238-239.

Pero, hay más. En un artículo sobre Gilij como “geógrafo”, Pedro Cunill Grau hace alusión a la descripción del misionero sobre el hombre salvaje y se refiere a ésta como el producto de sus “aprehensiones pueriles” y de sus “licencias literarias”.⁵² De este modo, la función que el hombre salvaje realiza en el relato de Gilij se ve reducida y oscurecida. Por el contrario, creemos que el texto que presentamos enseguida es lo bastante rico en información, como para continuar con la reconstrucción de lo que en su momento significaba la figura de este *animal bípedo*, como lo llama el cronista:

Pero hablemos ya de un *animal bípedo* sobre cuya rareza no tendré que disputar nada con quien se digne conceder alguna atención a mis relatos. No soy el primero en presentarlo. El excelente M. Bomare habla también difusamente de él, [en el artículo “Homme Sauvage”, t. III del *Dictionnaire d'histoire naturelle*] y pueden verse en su diccionario lindas noticias de este bípedo. He aquí ahora las mías. Se encuentran en las grandes sabanas del Orinoco, como todos discuten en aquellos lugares, ciertas fieras que, salvo pequeñas cosas, se parecen al hombre. Estos animales,

que nosotros llamaremos el salvaje, se llaman en tamanaco achi. *De figura en todo lo restante humana, el salvaje no se diferencia más que en los pies, cuyas puntas están naturalmente vueltas hacia atrás, como por astuto artificio de Caco lo fueron antaño las huellas de los bueyes por él robados.* Parece por eso que el salvaje se aleja cuando viene más bien hacia los viajeros. *Es todo peludo de cabeza a pies, sumamente libidinoso, y rapta sí se le antoja a las mujeres.*⁵³

Como en el caso de Santa Gertrudis, el relato (léase los relatos) de Gilij busca apoyarse, para aumentar su veracidad, en el testimonio de personas “honradas y principales”. Y para ello recurre, aparte de la fuente clásica, al *Diccionario* de Valmont de Bomare, una *autorictas* contemporánea. Si leemos el artículo citado, nos damos cuenta que tanto el texto del misionero como el del *Diccionario* acuden a las innumerables leyendas que se han tejido para conformar la figura del hombre salvaje. Así que vamos por partes. Al comienzo del artículo del *Diccionario* se hace una descripción detallada del *Homo sylvestris*: que en primer lugar, también es considerado como “una especie de monstruo”. Luego, viene su descrip-

52. Pedro Cunill Grau, “Felipe Salvador Gilij, geógrafo dieciochesco de la cuenca del Orinoco y del Amazonas venezolano”, en: *Montalbán* (21), Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1989, p. 28.

53. Gilij, *Op. cit.*, p. 224. Cursivas nuestras.

ción *física y moral*, la cual permite compararlo con los bárbaros de África a los que “se parece mucho en tamaño y figura”; y por supuesto un rasgo para destacar es su bipedia: “camina siempre erguido y sobre dos pies, que dobla como un perro a quien hemos enseñado a danzar”; y al final su fisonomía:

Tiene la piel fuerte, velluda, los ojos hundidos, el aspecto feroz, la cara quemada y aplastada, y todos los rasgos son muy regulares, aunque rudos y engrosados por el sol: se sirve de sus dos brazos como nosotros: todo su cuerpo está cubierto de una lana blanca, gris o negra; grita como los niños. Estos supuestos hombres salvajes son, dicen, de una natural fuerza tierna, y manifiestan vivamente su afecto y sus transportes por los abrazos; ellos patalean también de gozo o de indignación cuando se les niega lo que desean.⁵⁴

A pesar de la expresión “supuestos hombres salvajes”, que nos haría pensar en alguna duda sobre la existencia de tales hombres, el artículo “rompe el ordenamiento árido de una exposición técnica, en provecho de una relevancia más seductora para la imaginación”⁵⁵ y men-

ciona una serie de monografías de naturalistas y relatos de viajeros de la época, las cuales describen encuentros con hombres salvajes o que simplemente se dedican a reproducir otros relatos sobre el tema: encuentros fortuitos de cazadores u hombres del campo con niños criados por animales tales como los osos, así como su posterior bautizo y educación en importantes cortes europeas, etc. Así pues, el artículo se convierte en otro vehículo para que la leyenda se extienda, apoyándose incluso en otros, como ocurre con el artículo *Orangután*, en donde se insiste en comparar al hombre con este animal; al que, por lo demás, se le otorgan varias características humanas, entre ellas, el que puedan ser educados y se vuelvan “honestos y cívicos”. Sin embargo, Valmont de Bomare insiste en una característica que los hace completamente distintos a los hombres, como es la del lenguaje articulado y su “perfectibilidad”. Y de esta manera, el artículo se cierra sin precisar la verdadera naturaleza de los hombres salvajes: “Pero es preciso no confundir el verdadero *hombre salvaje* con los grandes simios, u otros animales brutos que tienen alguna semejanza exterior con el hombre por la forma, por los gestos, por la manera de actuar, etc.”⁵⁶

54. Valmont de Bomare, *Dictionnaire raisonné universel d'histoire naturelle*, t. 7, Lyon, 1800, pp. 154-160. Traducción personal.

55. Georges Canguilhem, “Necesidad de la ‘difusión científica’”. *Sociología* (19),

Medellín, Universidad Autónoma Latinoamericana, 1996, p. 29.

56. Valmont de Bomare, *Op. cit.*, pp. 154-160.

En lo que respecta a su figura, el hombre salvaje de Gilij posee una singular característica y es la forma de sus pies. La analogía con Caco pone al descubierto su astucia legendaria. Además, dicha analogía puede hacerse extensiva a los indígenas y a “la sutileza con que han inventado arbitrios para huirse, de modo que no sean ni puedan ser seguidos, caminando hacia atrás en las tierras húmedas y en las salidas de los ríos para fingir que vienen, al mismo tiempo que se van; y en las tierras anegadizas, donde por fuerza han de dejar señal y huella, dejan tantas, entran y salen tantas veces, que dejan confusos y aturdidos a los que los siguen...”⁵⁷

Así pues, ambos relatos sitúan a los indígenas americanos o a los bárbaros africanos en la zona intermedia que anotábamos más arriba. Estos hombres velludos son el extremo de la barbarie, pero como “monstruos viriles” también lo son de la lujuria, como lo testimonian las leyendas y los mitos de sátiros, faunos, silvanos, etc., presentes desde la Antigüedad y condenados por el cristianismo medieval.⁵⁸ Tanto el autor del diccionario como Gilij, apuntan a esto con sus ejemplos:

De un temperamento lúbrico, nos dice Valmont de Bomare refiriéndose a los orangutanes, buscan satisfacerse a cada ins-

tante; y por defecto de su especie, atacan los individuos que tienen más relación con ellos. Ponen todo a su alcance para realizar la conquista. Los machos son los más emprendedores: apasionados por *las mujeres y las muchachas*, ellos procuran sorprenderlas, las raptan, las llevan a su retiro, las mantienen con ellos, las alimentan muy bien, y les otorgan pequeños cuidados y atenciones. Plenos de ardor, se exceden en su galantería. M. De la Brosse, en su *Voyage á la côte d'Angola*, dice haber conocido a Lowango una negra raptada por los orangutanes, que estuvo tres años con ellos, y siempre fue bien tratada.⁵⁹

3. Las plantas

Frente a la gran masa vegetal que nuestros misioneros botanófilos encuentran en sus largos recorridos por selvas y llanuras, así como en los lugares donde establecen sus misiones, la primera actitud es el reconocer que se trata de plantas desconocidas y la gran dificultad que ello presenta para hacer su historia natural. Así, De Santa Gertrudis se lamenta de no poder encontrar las marcas que le permitan establecer una semejanza inmedia-

57. Gumilla, *Op. cit.*, p. 105.

58. Cfr. Kappler, *Op. cit.*, p. 297.

59. Valmont de Bomare, *Op. cit.*, pp. 154-160.

ta con las plantas que le eran más familiares: "Hay tanta variedad de frutas en aquellos montes, que con la muchedumbre que diariamente me traían los indios, no me pude imponer de sus nombres; y como en España no hay fruta que se les parezca ni en figura, ni en olor, ni en sabor, no me puedo yo explicar, sino en decir en que hay muchas".⁶⁰

Nuestros autores recurren a varias *entradas* para describir las plantas que fueron de su interés, ya sea por su valor de uso o por la singularidad de su aspecto. No encontramos aquí las formas de clasificación renacentistas tales como las que se hacían según el orden alfabético o por una descripción en detalle de la raíz, el tallo, las hojas o la flor. Estamos más cerca de la Antigüedad y de la división que se estableció desde Aristóteles en árboles, arbustos y hierbas. Y no de otra manera proceden nuestros misioneros en su botánica descriptiva al dibujar, valiéndose de la semejanza y siguiendo las definiciones de Teofrasto, las figuras de las plantas en su aspecto exterior.

La fisonomía de los árboles

"Debe observarse, nos dice Bachelard, que la 'forma' de un árbol es intraducible en literatura. En realidad nadie lo intenta".⁶¹ Sin embar-

go, nuestros misioneros lo intentan, con la salvedad de que sus *textos-herbarios* no pueden ser considerados como textos literarios. De todas formas, sus historias buscan la manera de dibujar con las palabras, más exactamente, con las cosas, las figuras de las plantas que describen. Entonces, ¿cómo se delinean estos *perennes* seres? Los tamaños, formas, colores, sabores, etc., del tallo, las ramas, las hojas, las flores y los frutos son los elementos que se disponen para buscar las semejanzas o las diferencias con sus análogos en otros árboles. Estas cosas, como signos, encuentran su significado en la medida en que se asemejan a lo que indican y son la vía que conduce de una semejanza a otra. Se puede partir de cualquiera de ellos: de la parte al todo o del todo a la parte. El tamaño del árbol se compara con el de otros, sin importar el aspecto de las ramas, las hojas, las flores o los frutos; y para describir estos últimos se acude a estas mismas partes en otros árboles, así como a otras cosas tales como monedas, partes del cuerpo de los animales o del hombre, etc.; y de este modo, se inician nuevas semejanzas de manera sucesiva y según las necesidades de la descripción. Veamos un ejemplo donde podremos ver operando esta serie de contrapuntos y cómo las partes

60. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. 1, p. 202.

61. Gastón Bachelard, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movi-*

miento, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 255, nota 1.

de los árboles se envían mutuamente sus cualidades para configurar sus abigarrados rostros:

El chirimoyo es un árbol de mediana altura, su hoja es parecida algo a la del naranjo, pero muy más hermosa, tanto que sólo verla dice que es hoja de árbol fructífero [...] da una flor de cuatro hojas por fuera color de tabaco, adentro amarilla. Es al doble mayor que la del naranjo y al doble de grueso, y despide más suave fragancia que la del naranjo, algo parecido al de la azucena. Su fruta tiene la forma de la molleja de una gallina; no tiene cáscara sino hollejo, como la breva, y en ella señalados unos arquitos, y en cada uno una verruguita. Su color es entre verde y azul turquí. Por lo regular son mayores que dos manos de un hombre juntas y encorvadas [...] dentro tiene más de treinta pepitas del tamaño de un piñón, de color negro.⁶²

Las plantas medicinales

Son múltiples las descripciones de plantas con virtudes medicinales. Podríamos decir que no hay una planta a la que inmediatamente no se le busque tal fin. Y ello como resultado del nivel de los conocimientos botánicos de nuestros misioneros, quienes los heredan de la Antigüedad y de la Edad Media.

Cabe recordar que durante estas épocas el interés por las plantas se centraba básicamente en la búsqueda de las propiedades farmacológicas de sus partes. Veamos algunos ejemplos de plantas que fueron consideradas por su valor medicinal o por lo *arcano* de las sustancias que contenían.

Basta con saber leer los signos que aparecen en la superficie de las plantas para hacer visible, de una forma u otra, los secretos que Dios ha guardado en ellas. Puesto que, “No hay semejanza sin signatura. El mundo de lo similar sólo puede ser un mundo marcado”. No de otra manera procede Santa Gertrudis al ver una hierba “a propósito para volver a sacar dentadura al que no la tenga [...] una raíz del tamaño de un dedo anular, medio arqueada, que formaba propiamente un carrillo, y sobre de un lado corrida de unos botoncitos, como una dentadura. A lo que vi, inmediatamente creí que era a propósito para sacar nueva dentadura, y cualquiera que la viese diría lo mismo”.⁶³

“El fraylecillo”

Sin embargo, no siempre aparece tan clara la signatura que conduce a la semejanza entre los órganos o partes del cuerpo con la planta y su virtud medicinal. Sin ponerse de acuerdo si se trata de una hierba o de un arbusto, Gumilla y Vicente de

62. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. I, p. 163.

63. *Ibid.*, t. II, p. 329.

Oviedo nos cuentan acerca de una planta llamada el fraylecillo, que se conoce por guardar “el más raro purgante del mundo”. No sabemos cómo se logró advertir tal propiedad en la planta, pero lo cierto del caso es que ella tiene una secreta simpatía en sus hojas, de la que depende su proporcionado efecto:

[...] de dichas hojas forman una ensalada muy propicia al gusto; pero cuenta que cuantas hojas comiere tantas evacuaciones ha de expeler; más cuidado ha de tener el modo de arrancar las hojas (aquí llamo otra vez la atención de los físicos), pues si se arrancan las hojas tirando hacia abajo, cada hoja causa una evacuación; si las arranca hacia arriba, causan vómitos, y si se arrancan unas para arriba y otras para abajo, concurre uno y otro efecto. Esto es notorio en la isla de la Habana. ¿Quién comprenderá los secretos de la naturaleza?⁶⁴

Caulín se refiere a esta planta con el nombre de Tuatúa y de paso nos dice de donde proviene su denominación más conocida: “Su fruta son unas cápsulas del tamaño de una aceituna, dentro de las cuales hay tres semillas del tamaño de una abejita encapillada, por cuya similitud le llaman el fraylecillo”.⁶⁵ A pe-

sar de que este buen fraile reconoce las propiedades curativas de la planta, se burla de la simpatía que hace actuar el prodigioso purgante:

Escribe el R.P. Gumilla de este purgante, y dice: que quantas hojas comiere, tantas evacuaciones ha de expeler; y lo que me causa más admiración es la sanidad con que creyó, y quiere hacer creer a los phisicos [...] Esto parece el cuento de aquellas viejas, que no salen de casa con el pie izquierdo, por no encontrar con una tuerta; o los que los que esperan el huevo de gallina en viernes santo, para apagar los incendios; pues a la verdad es una especie de vana observancia, que no merece la atención de los hombres de juicio.⁶⁶

Pero, que no nos engañe la mordacidad del ataque. Si bien es cierto que Caulín no acepta que el efecto del purgante dependa de la simpatía de las hojas, no podemos verlo como aquel que ha “escapado” del saber de la semejanza, ya que para recusar la “vana observancia” de su compañero él debe hacerlo en los límites de esta episteme. Y no de otra forma emite su juicio, en el momento en que esgrime sus nociones de la teoría galénica de los humores:

La virtud de este purgante no está sujeta al artificio del que

64. Gumilla, *Op. cit.*, p. 443.

65. Fray Antonio Caulín, *Historia de la Nueva Andalucía*, t. 1, Caracas, Academia Nacional de historia, 1966, pp. 62-63.

66. Caulín, *Op. cit.*, t. 1, pp. 62-63.

la arranca, ni la variedad de sus efectos depende de medio tan desproporcionado con ellos; sino de la disposición de los humores, y exceso de la dosis. A quien tiene el estómago repleto le suele conmovier las fibras, y causar vómito, y después descendiendo a los intestinos, causa el segundo efecto, que es el más ordinario, al que lo toma en su dosis proporcionada; y esto es lo natural, que me consta por experiencia, con licencia de los habitadores de la Habana, que tan portentosamente hicieron creer su relación a un varón de tan elevados talentos.⁶⁷

De esta manera, si Caulín puede mostrar el efecto del purgante por la "disposición de los humores", es porque la semejanza en la diferencia se lo permite: "el método mismo de curación es una relación de semejanza o de diferencia entre el medicamento y sus propiedades y la enfermedad y sus síntomas. De semejanza: para una herida redonda una ligadura redonda, para una alargada una alargada, para una enfermedad amarga un remedio amargo. De diferencia: el frío se cura por el calor, lo seco por lo húmedo, los antidotos son lo contrario de lo dado. Todo ello se traduce en los siguientes axiomas, métodos mismos de curación: *Contraria contrariis curantur. Similia similibus curantur*. Son la regla de oro de la

curación y del uso de los medicamentos".⁶⁸

El curare

Podríamos multiplicar los ejemplos donde las simpatías juegan un papel importante en todos los *enigmas* concernientes a las plantas y sus virtudes medicinales. Contentémonos por ahora con la siguiente descripción que hace Gumilla del curare y de sus efectos, donde podemos ver otros elementos significativos en lo que respecta a esta *botánica oculta*.

Suspendí mi juicio y lo remití a la experiencia [...] y tomando yo un indio aparte le rogué que flechase uno de aquellos monos [...] dióle la punta de la flecha en el pecho [...] hizo ademán de querer arrancar la flecha (como lo hacen cuando las tales no tienen curare); pero al mismo tiempo de hacer el ademán, y sin acabar de llegar la mano a la flecha, cayó muerto al pie de la palma; corrí aunque estaba cerca y *no hallándole calor en el exterior del cuerpo, lo mandé abrir desde el pecho hasta abajo; ¡oh prodigio grande de las causas ocultas que ignoramos! no le hallé rastro alguno de calor ni aún en el mismo corazón. Al contrario de éste tenía mucha sangre cuajada, negra y fría; en lo restante del*

67. *Ibid.*, t. I, pp. 62-63.

68. Soto Posada, *Op. cit.*, pp. 83-84.

*cuerpo, casi no tenía sangre, y la poca que le hallé en el hígado estaba del mismo modo que la del corazón y en lo exterior tenía una espuma fría algo anaranjada; y colegí que el frío sumamente intenso del curare enfría instantáneamente la sangre, y que ésta, a vista de su contrario, tira a refugiarse al corazón, y no hallando en él suficiente abrigo, se cuaja, hiela y ayuda a que el viviente muera más a prisa, sofocándole el corazón.*⁶⁹

La primera observación del padre es la más evidente, la más ordinaria: el calor vital ha abandonado al viviente, puesto que no se halla en el exterior del cuerpo. Pero, ¿por qué llama prodigio a la ausencia de calor en su interior y, sobre todo, en el corazón? La respuesta está en las nociones que posee acerca del funcionamiento del movimiento de la sangre en Galeno. Para este último, el hígado era el "centro del aparato venoso" y el corazón no cumplía otra función que la de producir el calor interno o innato en los vivientes.⁷⁰ De este modo, al no ha-

llar rastros de calor ni en el hígado ni en el corazón, el curare es considerado como una sustancia que tiene la propiedad de enfriar de manera instantánea el calor de la sangre y cuajarla. Entonces, la sangre caliente busca por natural simpatía volver al corazón y rehuir por antipatía del hielo coagulante del curare.

El padre se pregunta cuál es el secreto que oculta el curare para que su efecto se manifieste de manera instantánea. Una primera respuesta la encuentra en el demonio, verdadero continente de todos los artificios malignos que se hallan en la tierra:

Si algún botánico famoso hubiese encontrado esta raíz y conocido su oculta malignidad no había de qué admirarnos si el famoso Tritemio o Borri, o alguno de aquellos sabios inventores de la química, a fuerza de experimentos y discursos, hubiera finalmente dado en esta singular maniobra, fueran dignos de grande alabanza, y nada extrañara este efecto como parto de entendimiento, tan cultivados; pero que todo esto sea

69. Gumilla, *Op. cit.*, pp. 361-362. Cursivas nuestras.

70. Según Galeno, "El alimento, parcialmente digerido en el tubo digestivo, es transportado por las venas *mesentéricas* hasta el hígado, centro del aparato venoso. Tras su *sanguificación*, el quilo se transmuta prácticamente en sangre y pasa a las venas, que la conducen tanto hacia la cabeza como hacia

las extremidades de los miembros. Este movimiento de la sangre que llena constantemente las venas, no depende para nada del corazón: es una especie de lento desplazamiento cuyo sentido se invierte con frecuencia, como el de las *mareas*, condicionado por las *facultades atractivas de las partes*". André Giordan y otros, *Conceptos de biología*, t. 1, Barcelona, Labor, 1988, pp. 35-36.

invención de la nación más tosca y bárbara del río Orinoco, ¿quién lo creará, sino confesando que todo ello, desde el hallazgo de la raíz hasta el fin, fue dictado por el demonio?⁷¹

La segunda respuesta la obtiene de la descripción del lugar donde crece, según él, la raíz de la que se extrae el curare:

Es de saber que toda la ponzoña del curare se origina de una raíz del mismo nombre, raíz tan singular y única, que sólo es raíz de sí misma, sin arrojar jamás hojas ni retoños; y aunque crece, siempre va escondida, digámoslo así, temerosa de manifestar su oculta malignidad, y para esconderse más buscó o le señaló el Autor de la Naturaleza, no la tierra común al resto de las plantas, sino el cieno podrido y corrupto de aquellas lagunas que no tienen desagüe, y por tanto, aun sus aguas sólo en caso de grave necesidad se beben por ser gruesas, de mal color, peor sabor y de hedor correspondiente. Entre el cieno corrupto, sobre que descansan aquellas aguas pestíferas nace y crece la raíz del curare, parto legítimo de todo aquel conjunto de inmundicias...⁷²

Se trata de un paisaje que reúne todas las valorizaciones negativas tomadas de una antigua tradición,

según la cual la “altura es sublime y la profundidad es fétida”. En este caso es el fondo cenagoso de una laguna la que actúa como receptáculo del agua donde se vierten los adjetivos de lo pútrido, los mismos que conforman las sustancias malignas que le comunican al curare sus ocultas propiedades. De otra parte, el misionero insiste en señalar que se trata de una raíz muy singular, pues es “raíz de sí misma”, y con ello, viene a completar el paisaje que describe, para lograr así un mayor efecto en su explicación, ya que como nos dice Kappler, “cada criatura tiene en sí misma su propia justificación [...] Este tipo de pensamiento medieval —al menos tal como es comprendido por el hombre moderno— tiene la propiedad de negar el problema y de encerrar la cuestión en sí misma, de manera que se hace imposible el dilucidarla. Es propio de los misterios y es propio de esas criaturas ser lo que son, allí donde estén”.⁷³

Pero la explicación no para aquí. Tenemos todavía una tercera respuesta, la cual se logra recurriendo a la descripción de una simpatía análoga:

A vista de tan instantánea operación de la naturaleza, quiero poner otra instantánea operación del arte e ingenio del nunca bastante alabado Padre Atanasio Kilkero. Celebraba la

71. Gumilla, *Op. cit.*, pp. 265-266.

72. *Ibid.*, p. 364.

73. Kappler, *Op. cit.*, p. 43.

Casa Profesa de Jesús en Roma las glorias de nuestro santo patriarca Ignacio de Loyola: la función era a todo costo; la tetera de toda aquella grande iglesia era un intrincado e innumerable laberinto de velas; la hora de encenderlas se detenía tanto, que ya se pasaba [...] cuando veis aquí que sale un hermano viejo con una caña, y en ella una luz para encender; aquí creció la impaciencia. Ni en tres horas, decían, podrá encender tantas velas. Y, ¡aquí del asombro!, apenas tocó una pavesa de la vela cercana, cuando improvisadamente ardieron todas por la simpatía del preparativo secreto, quedando en un instante iluminado el templo y asombrado el concurso; prontitud muy parecida a la del curare.⁷⁴

Los inter-reinos

Mitos y leyendas medievales y renacentistas describen extraños híbridos producto de la mezcla de los reinos vegetal-animal, animal-mineral y vegetal-mineral.⁷⁵ Todas estas mezclas son posibles en un mundo donde la ontología, la física y la metafísica aristotélicas habían sido destruidas. En este panorama, entonces, se borraban los contornos que permitían establecer dónde empezaba o terminaba un ser en su

forma, así como las cualidades materiales que lo distinguían de los otros.

Nuestros misioneros continúan tejiendo las antiguas leyendas que narran acerca de las mezclas más insólitas entre los reinos.⁷⁶ De esta manera, tenemos la actualización de las vegetaciones zoomórficas y de las comunicaciones entre la planta y el mineral, tal como lo podemos ver en la mata de almejas que describe Santa Gertrudis. Tenemos aquí todos los elementos necesarios para construir una planta zoomórfica donde las almas vegetativa y sensitiva comparten un mismo cuerpo:

Yo reparé que en las quiebras de aquellas peñas se criaban unas matitas de dos cuartas de largo de color de sangre. Sus hojas son un poco más grandes que una lenteja del mismo color sanguíneo, y de más canto que la lenteja. Mas las dos últimas hojas de cada ramita son el doble más grandes, y en estas dos hojas da por fruto una almeja del mismo color con sus dos conchas, y el pescadito adentro, en madurando, se caen las ramas y andan como las demás almejas, y crecen un poco más que la uña del dedo pulgar. Había muchas en el sue-

74. Gumilla, *Op. cit.*, p. 362-363.

75. Ejemplos de estos híbridos en Kappler, *Op. cit.*, pp. 154 y ss.

76. Cfr. Jurgis Baltrušaitis, *La Edad media fantástica. Antigüedades y exotismos en el arte gótico*, Madrid, Cátedra, 1987, p.124 y nota 108 de la p. 132.

lo, y yo llené un pañuelo, y a la noche las comimos fritas.⁷⁷

La figura de la semejanza que opera en este caso y que permite la aparición del prodigio es la conveniencia: la planta y el animal, que es su fruto, se comunican sus cualidades a través de formas, colores y sustancias. En primer lugar, el texto insiste en que se trata de una pequeña planta, la cual posee hojas y en la que se insinúa una flor —por la diferencia de tamaño con las demás— de la que se desprende el singular fruto. Luego, el color sanguíneo nos habla de la sustancia que nutre a ambos seres. He aquí la descripción de su figura. Ahora, veamos cómo Santa Gertrudis intenta digerir el problema metafísico en el que ha caído debido a sus gustos culinarios:

Aquí quisiera ver yo hombres metafísicos a espulgar este prodigio de la naturaleza. Porque esta mata es una planta que tiene las raíces como las demás clavadas en las coyunturas de las peñas, y vive chupando de aquel humor que saca de la peña, y por consiguiente tiene alma realmente vegetativa, puramente como la de las demás plantas. Y como según aquel adagio filosófico *Nemo dat quod non habet*, no puede esta planta dar un fruto que tenga realmente alma sen-

sitiva. En esta suposición, digo yo y pregunto: ¿cómo esta mata da por fruto estas almejas, que dentro de las conchitas tienen su pescadito viviente, que come, siente y anda, y aún antes de caer, ya se encoge si lo punzan, y va creciendo como las demás almejas? *Decir que la mata tiene alma sensitiva es disparate, porque aunque le cortes hojas o ramas, ni se mueve ni se encoge, ni da señal de sensibilidad. A más, si tuviera la mata alma sensitiva, ¿a qué fin tienen las raíces para vivir vegetando como la planta? Ahora saco yo esta otra consecuencia: el árbol o fruta componen un solo ente o cuerpo, como un manzano con sus manzanas, luego en un mismo cuerpo o ente están en esta matita dos almas, vegetativa y sensitiva, realmente distintas una de la otra. No creo que halla filósofo que me conceda, pero yo digo que en esta mata están y quien no lo quisiere creer que vaya a informarse por sus ojos.*⁷⁸

Como vemos, el autor tiene muy clara la diferencia entre las almas de Aristóteles. La planta tiene alma vegetativa, puesto que por medio de la raíz se alimenta del “humor” que saca de las piedras a las cuales está adherida y “ni se mueve ni se enco-

77. De Santa Gertrudis, *Op. cit.*, t. II, pp. 381-382.

78. *Ibid.*, t. II, pp. 381-382. *Cursivas nuestras.*

ge, ni da señal de sensibilidad". Aristóteles habla de las potencias del alma, que no son otra cosa que las facultades *nutritiva, sensitiva, desiderativa, motora y discursiva*: "En las plantas se da solamente la facultad nutritiva, mientras que en el resto de los vivientes se da no sólo ésta, sino también la sensitiva".⁷⁹ En lo que se refiere al fruto, este pequeño animal, sin duda alguna, tiene alma sensitiva, ya que posee la facultad motora, "anda" y sensitiva, "y aún antes de caer, ya se encoge si lo punzan". Sin embargo, vemos que los límites que separan a estos dos seres se difuminan en el preciso momento en que comparan un solo cuerpo. Aunque insista en considerarlos por separado, *la forma específica* de cada uno ha sido disuelta, puesto que es precisamente el alma la que le da la entidad, la forma al cuerpo. Así pues, en la ontología aristotélica, esta planta zoomórfica sería totalmente falsa, un ser sin existencia real: "Y es que para todos los vivientes que son perfectos —es decir, los que ni son incompletos ni tienen generación espontánea— la más natural de las obras consiste en hacer otro viviente semejante a sí mismos —si se trata de un animal, otro animal, y si se trata de una planta, otra planta—".⁸⁰ Pero cuando esta ontología se ha

roto, viene a ocupar su lugar el mundo de lo posible.

4. Conclusión

Recordémoslo una vez más, los padres misioneros que hemos considerado han devenido naturalistas descriptores, en la medida en que se propusieron hacer sus inventarios de los *flujos de flora y fauna* que les ofrecían los lugares donde asentaron sus misiones. Su propósito, entonces, no se puede comparar de manera exacta con el de los naturalistas de *profesión*.

Vimos que las descripciones de los vivientes proliferan, y todavía más si a ello agregamos que los padres incluyen en sus relatos las de los demás autores. Debido a esto, nuestro esfuerzo estuvo encaminado en describir, por medio de los ejemplos que consideramos más significativos, en qué consiste el conocimiento que los misioneros poseen acerca de los vivientes y mostrar cómo funciona para cada descripción. De este modo, tanto los animales como las plantas eran dibujados a partir de los relatos que los hacían posibles. A su vez, estos relatos se tejen gracias a la concurrencia de los más variados elementos, tomados de diversos contenidos culturales de la Antigüedad, de la Edad Media o del Renacimiento, así como de los que la divulgación cien-

79. Aristóteles, *Acerca del alma*, Madrid, Gredos, p. 175.

80. *Ibid.*, p. 179-180.

tífica hacía circular en el siglo XVIII: mitos, creencias mágico-religiosas, nociones de fisiología, de anatomía o de farmacología, etc. Todo este conjunto, entonces, se pone en marcha por la función que desempeña el saber de la semejanza.

A través de esta episteme, no sólo se ordenaban los seres vivos, sino que era posible explicar los más maravillosos fenómenos: los monstruos y su papel en la creación; las inéditas formas de plantas y animales; el significado del canto de las aves y la perfección de sus construcciones; los efluvios y sus fuerzas invisibles; la finalidad de los insectos; los arcanos que ocultan las plantas y la manera de leerlos e interpretarlos, etc. Todo ello, con un fin preciso: al describir las producciones de la naturaleza, no se hacía otra cosa que alabar las maravillas de la Creación: "La naturaleza debe su nombre a ser ella la que hace nacer las cosas. Es, por lo tanto, la que tiene capacidad de engendrar y dar vida. Hay quienes han afirmado que la naturaleza es Dios, por quien

todo ha sido creado y existe".⁸¹ Así, pues, leer la *prosa del mundo*, era no sólo bautizar y por lo tanto explicar las *criaturas* desconocidas en América, sino también darles un lugar preciso, una finalidad en el orden divino. Nuestro propósito se centró entonces en tratar de reconstruir el saber que sobre los animales y las plantas practicaban los padres misioneros en el periodo considerado y, en lo posible, alejarnos de los estudios que terminan sentando a los cronistas en el banquillo de los acusados de la historia. Por lo demás, creemos que la descripción que hemos ensayado para la documentación considerada puede hacerse extensiva a un mayor número de textos para un espacio y un tiempo más amplios. Se podrían examinar textos desde el siglo XVI al XVIII, en los cuales sería igualmente provechoso hacer visible la función del saber que pone en marcha los contenidos culturales, con los que se confeccionan los relatos que dan materia y forma a las maravillas de la naturaleza.

81. De Sevilla, *Op. cit.*, t. II, p. 13.